

LA LATA DE HABICHUELAS

F. J. Rivero



Image not found.

Capítulo 1

LA LATA DE HABICHUELAS

Cuando terminó de leer la sentencia definitiva de divorcio, dictada por un Juez de Arrecife de Lanzarote, y que acababa de entregarle en su despacho su abogada, Toñi pensó que ya no le quedaba nada más por hacer en aquella ciudad, ni en aquel país, ni en ningún sitio de la Tierra.

Luego recordó aquel día, lejano y casi desdibujado en su memoria, en el que tuvo un cólico terrible, que casi le cuesta la vida, por haber comido habichuelas.

La tarde era fría, para variar, y se le ocurrió que para cenar quizás podría hacerlo con un buen plato de habichuelas. Posiblemente sería una forma adecuada y original de acabar con todo.

La receta de fabada de su abuela, una asturiana de pura cepa, era la que más le gustaba: todo en crudo, sin apenas aceite, pero con algo de tocino, que habría de soltar la grasa adecuada. Luego el bacon, la carne, la morcilla, el chorizo y, por supuesto, las habichuelas, harían todo lo demás. Pero ella no tenía la menor intención de preparar la cena, sólo le interesaba lo que sucedería después, así que se dirigió al supermercado más cercano donde pensaba comprar no los ingredientes, pues no tenía tiempo ni ganas de preparar una fabada, sino alguna de esas latas en las que ya todo venía preparado, así que no tendría que preocuparse por nada más que abrir, calentar, comer y morir.

No llevaba demasiado dinero en el bolso, pues las costas del juicio habían sido mayores de lo previsto y estaba segura de que aquella abogada se había aprovechado de ella y le había quitado hasta la última peseta, a pesar de no haber conseguido nada. De todas formas, conocía a una de las cajeras del Super y, ¿por qué no?, le diría que ya se la pagaría. Al fin y al cabo, no era más que una simple lata de habichuelas.

Por un momento intentó recordar si la sentencia le permitía dormir aquella noche en su casa o debería abandonarla de inmediato, pues recordaba haber leído alguna cláusula al respecto. La casa era de los padres de Manolo y no sabría decir en este momento si eran o no bienes gananciales. Aunque ciertamente de pocas cosas estaba segura en aquel momento, sólo que quería acabar con todo. Sólo era capaz de entender que el destino, que la vida, le habían jugado una mala pasada y ella no se sentía con ánimos de tener que empezar mañana de nuevo en ningún otro sitio, de ninguna otra manera.

¿Estaría en casa Manolo con Ana? Lo más probable es que se hubieran marchado al apartamento de ella, en Puerto del Carmen, donde trabajaba

de recepcionista en un Hotel y donde ellos se habían conocido...

El Super quedaba un poco lejos, pero le apetecía escuchar el bullicio de la calle y respirar el olor a sal que emanaba de aquel océano que rodeaba la isla, inundando la ciudad. Además, si algo le gustaba, eso era pasear. Así que no lo pensó más. Demoró su paso y se fue fijando en cuantas escenas pasaban por sus ojos: aquellos coches alquilados llenos de turistas que iban de un lado a otro, posiblemente la mayoría de ellos celebrando su luna de miel, embobados con los edificios y las palmeras, escuchando el torbellino acústico del cercano aeropuerto, donde los aviones al aterrizar parecía que fueran a empotrarse en las laderas de lava de las montañas de la Isla, negra y caliente como estaban en aquel momento sus entrañas.

Vio pasar un amigo común de ella y su ahora oficialmente exmarido, pero evitó el encuentro. Precisamente el encontrarse con alguien conocido era una de las cosas que menos le apeteciera en aquel momento. Solo quería ver a la cajera del Super donde compraría la lata de habichuelas con las que reventar aquella noche.

La madre de Toñi, Agustina, esperaba impaciente que el médico terminara de reconocer a su hija, pues había sufrido un cólico por la fabada que le había puesto para almorzar. Aquella niña era tan delicada y tan tímida que hasta un platito de habichuelas le había sentado mal.

Su madre nunca lo había confesado, pero como era la menor de las tres niñas que había tenido y había llegado "por accidente", cuando ella pensaba que era imposible que pudiera volver a quedarse embarazada, le tenía un cariño especial, inconfesable ante las demás y ante su marido, que regresaba cada tarde tras la dura jornada en la mar cercana.

"No me gusta que mimes tanto a la niña", decía él, intentando disimular que en realidad se le caía la baba cuando miraba a aquella niña morenita y de pequeños ojos negros.

Pero Agustina sabía que su marido quería con pasión a su hija pequeña y lo dejaba hablar.

Una semana más tarde, el médico, después de hacerle unos análisis, le comunico a Agustina que su hija Antonia era alérgica -terriblemente alérgica- a las habichuelas blancas.

Toñi ojeó en la puerta del "Super" hacia su interior, comprobando que no había mucha gente, así que entró directamente y se dirigió hacia las estanterías donde estaban las legumbres. Las recorrió y observó todo lo que había, pero no encontró la lata de habichuelas que buscaba.

-¿No tenéis latas de habichuelas? –preguntó a un muchacho pelirrojo que pasaba por allí, arrastrando un carrito cargado con aceite de oliva, recién llegado de la península.

-Las tiene usted ahí mismo, señora –indicó el joven y continuó adelante sin prestar más atención.

Se dedicó a hurgar en el lugar indicado, por entre las estanterías, hasta que encontró una lata de fabada asturiana de un cuarto de kilo, con denominación de origen, que fue la que escogió. Para una vez que voy a hacer esto –se dijo- mejor disfrutar de la comida.

Entonces, tras conocerla, Manolo dijo que había sentido un flechazo. Sólo quería estar con ella y nadie más, así que, poco a poco, la pandilla de amigos comunes se fue haciendo más y más reducida, hasta que sólo se veían con unos cuantos, todos ellos también emparejados. Toñi recordaba haber sido feliz y estaba segura de que Manolo también lo había sido. No tardaron mucho tiempo en casarse. Luego vino aquel repentino traslado desde el Cuartel de Mieres, en Asturias, hasta Lanzarote, donde además vivían los padres de Manolo. Alquilaron una casa pequeña hasta que murieron los padres de su marido y se fueron a vivir a la casa de éstos, en la Calle Doctor Ruperto González Negrín, justo al lado de la Avenida que recorría la costa de la isla y que llegaba hasta Puerto del Carmen.

La cajera que estaba delante, en la caja, no era la que esperaba encontrar, pero tampoco le importó demasiado.

-¿Me cobra? –preguntó.

La cajera la miró con cara de aburrimiento (sólo faltaba media hora para cerrar) y pasó la lata de fabada asturiana con denominación de origen por el escáner.

-Son 325 pesetas -dijo la cajera.

Rebuscó en el bolso, donde había algo de calderilla suelta, hasta que comprendió que su mente necesitaba entregar mejor la moneda de quinientas que le quedaba y que la cajera le entregara la correspondiente vuelta, antes que ponerse a descifrar y elegir las monedas adecuadas que correspondieran y cuadraran con la cantidad verde que aparecía en el visor de aquella máquina. Así que no lo pensó más. Le entregó la última moneda de quinientas que pensaba tocar en su vida, con lo que se sintió mejor, y esperó que la cajera le entregara una bolsa con la lata de habichuelas, así como la vuelta, que recogió de forma casi automática, aunque le hubiera dado lo mismo que se la diera o no.

Salió casi corriendo del "Super" y se dirigió a la que había sido su casa, en la que su exmarido (ahora si recordaba la cláusula número nueve) le

había permitido dormir varias noches mientras recogía sus cosas, antes de aclarar dónde iba a marcharse o qué iba a hacer en adelante. En una decisión extraña ella había aceptado, sin saber cómo, este acuerdo, por no llevar a peor todo el asunto desde el principio.

Manolo podría pasar el resto de la semana con Ana.

Una especie de fuego interior le subió hasta la boca del estómago, pero una bocanada de brisa marina y la visión de los niños que jugaban a la pelota en un pequeño parque, lleno de palmeras, le hizo sentirse mejor.

Empezó a buscar en su bolso las llaves del apartamento y enfiló hacia la puerta de su casa, cerca del muelle, saboreando quizás por última vez el olor del mar que le llegaba desde muy cerca y que le traía recuerdos de otros tiempos más felices, de su niñez y también, ¿por qué no?, de su noviazgo.

Sin saber cómo, de repente, se encontró, todavía en la calle, con Luisa, una de sus vecinas de enfrente.

-Antonia... -dijo su vecina.

-Luisa... -murmuró Toñi fingiendo no haberla visto-. Hola.

-Sé que hoy esperabas el resultado del juicio por lo de tu... por lo de Manolo, ¿cómo acabó todo?

-No sé si tengo ahora mismo ganas de hablar de eso, Luisa.

Otro vecino pasó cerca de ellas, tras salir del portal del piso, dirigiéndose a toda prisa hacia la Plaza del Cabildo, donde se servirían aquella noche pinchitos para todos los asistentes a una especie de fiesta organizada para los turistas por el Concejo de la Isla.

-Lo entiendo -dijo Luisa con tristeza.

-Él se ha quedado con todo. Al fin al cabo era suyo.

-¿Por qué tienes esa visión tan simplista de las cosas, Antonia? ¿Por qué esa necesidad de, no sé, de resignación, de que lo inevitable es lo que tiene que pasar siempre?

-Porque lo inevitable es lo que tiene que pasar y es lo que pasa. Yo no quiero más problemas con esto. Sólo quiero olvidar lo que ha pasado, irme a vivir con mis padres, dejar esta ciudad, dejar esta Isla. No deseo otra cosa.

Luisa comprendió que aquella conversación no llegaría a ningún sitio y optó por volver a sus quehaceres.

-Tengo que dejarte, Antonia. Voy a preparar la cena para Esteban y los niños. Ya nos veremos.

Toñi vio como entraba Luisa en su piso y ella se quedó sola, aún en la calle. Durante un momento, sintió como una lágrima luchaba por salir y resbalar por su cara, pero no podía ni quería permitirse ese lujo. Además, era posible que no le quedaran ya demasiadas lágrimas que malgastar por Manolo.

-Yo no tengo a nadie a quien preparar la cena, Luisa -dijo cuando ya la vecina no estaba delante-. Ya no.

Apretó fuertemente contra su vientre la lata de habichuelas que esa noche le serviría de original forma de suicidio y abrió el portal de entrada al edificio donde estaba su piso, dispuesta ya a terminar de una vez con todo.

Se volvió un momento, hacia el muelle y observó en medio de la carretera, a esa hora en la que la luz del sol jugaba malas pasadas y confundía las sombras, un bulto color marrón claro sobre el asfalto.

Cuando se fijó mejor, vio que era un gato tranquilamente echado, cuan largo era, jugueteando consigo mismo, en el medio de la carretera que había ante la puerta de su casa, después de la curva. Entonces oyó el ruido de un coche que se acercaba a toda velocidad, apareciendo súbitamente desde la curva que daba al muelle. El animal no hizo gesto alguno por apartarse del lugar donde se encontraba. Y Toñi miró al animal, luego al coche, luego al animal nuevamente y en un instante comprendió que el conductor del vehículo no vería al animal, que el conductor no se había dado cuenta de la presencia del aquel gato que estaba tirado, ajeno a todo, en medio de la carretera.

-¡Sape, gato! ¡Sape! -gritó no demasiado fuerte, confiando en que nadie, salvo el agudo oído del animal, la oyera.

Pero el gato no le prestó la más mínima atención, mientras el coche seguía acercándose. Cuando Toñi pensó que el atropellamiento sería inminente, el coche pasó rozando la cola del animal, que ni siquiera hizo un gesto por apartarse. El coche se fue alejando, pero el gato de en medio de la carretera seguía allí ajeno -o quizás no- a su propio destino.

Y aquella visión del gato en medio de la carretera le hizo pensar si quizás no surgiría *también* en los animales la idea sucinta del suicidio.

Quizás también aquel gato de en medio de la carretera había perdido, como ella misma, a su gata color canela (la de graciosas manchas oscuras en el hocico), a la que había visto, últimamente, flirtear varias veces con el gato, negro y gordo, del vecino de enfrente. Tal vez no soportaba más que los ratones se le escaparan siempre, delante mismo de sus hocicos. Los gatos, al fin y al cabo, respiran cada día y comen cada noche porque deben su extensa sabiduría al conocimiento que tienen de la basura humana.

¡Pobre gato Misifú! ¿Crees que eres peor que el gato gordo y negro del vecino?

No te preocupes, gato de en medio de la carretera, porque otras gatas aunque no sean de color canela rondarán cualquier noche de éstas tu azotea, solícitas ante tus desvelos y tus virtudes. Cualquier noche de éstas seguro encontrarás por fin la cueva de los ratones, gato de en medio de la carretera, y no necesitarás tener que registrar más la basura que te dejan los humanos, a los que tienes que soportar cada día con sus torpes movimientos. No te preocupes, gato, y huye del centro de la carretera. ¡Vete, vete lejos de ella y vuelve a tu azotea! Date prisa, que no tienes siete vidas, aunque seas gato, porque ningún gato, por mucho que se precie de serlo, consigue tener más que una, aunque en ella no consiga a la gatita de piel color canela y graciosas manchas en el hocico, ni encuentre sabrosos roedores que llevarse, glotonamente, a la boca.

Se sorprendió a si misma llorando, llorando y sin dejar de mirar al animal que se revolcaba, jugueteando. Entonces escuchó otro coche que se acercaba y supo que, en esta ocasión, el animal no tendría tanta suerte. Aquella vez el conductor atropellaría al gato y éste vería cumplido su aparente deseo de suicidio, como ella misma cuando hubiera acabado con aquella lata que llevaba en la bolsa, llena de habichuelas a las que era terriblemente alérgica.

Y Toñi no lo pensó mucho. Metió la mano dentro de la bolsa y agarró lo más fuerte que pudo aquella pesada lata llena hasta arriba de fabada asturiana y, a la vez que el coche se acercaba a toda velocidad, la arrojó contra el gato que dio un brinco y maullando ante el susto, salió corriendo en dirección hacia unos barcos cercanos donde se perdió y dejó de verse.

En ese momento, el coche pasó justo por donde, sólo un instante antes, había estado jugando el animal. Toñi observó la lata de habichuelas que seguía rodando, como guiada por una extraña mano, fuera de la carretera, hacia el muelle. Pronto comprendió que caería al mar y que le sería imposible recuperarla. Luego fue consciente de que las tiendas habrían cerrado y ya no podría comprar otra.

Hizo un esfuerzo y recordó que el primer vuelo hacia la península saldría a las 12 de la mañana. Tal vez le quedara, después de todo, bastante dinero

en la tarjeta del Banco para dormir esa noche en cualquier hotel, antes de marcharse definitivamente de allí y empezar de nuevo. Cerró la puerta del portal que daba acceso a su piso y echó a andar, tranquilamente, sin ningún peso encima, hacia la Plaza del Cabildo, donde esa noche sabía que había una fiesta donde servirían pinchitos a todos los que asistieran; comida, por cierto, a la que no era alérgica en absoluto.